

Hablemos de FEMINISMOS



Carla Galeste

PENÍNSULA

Prólogo de Inés Hernand

Carla Galeote

*Hablemos
de feminismos*

Prólogo de Inés Hernand

PENÍNSULA

© Carla Galeote Escoda, 2023

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2023

© del prólogo: Inés Hernand, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023

Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

MARIA GARCÍA - fotocomposición
Depósito legal: B. 5.451-2023
ISBN: 978-84-1100-142-7



Índice

| | |
|---|----|
| Prólogo , de Inés Hernand. | 13 |
| Introducción. Un libro para todas | 17 |
| 1. Mi primer 8M | 25 |
| ¿Qué tiempo tan feliz? | 25 |
| Hola, compañeras | 33 |
| Ahora sí, soy feminista, pero... | |
| ¿soy una buena feminista? | 42 |
| 2. Mamá, quiero ser como ellas | 47 |
| Vamos a hacer las cosas de otra forma | 47 |
| ¿Son necesarias las referentes? | 52 |
| Un poco de historia | 55 |
| ¿Feminismo o feminismos? | 61 |
| 3. No hables por ellas, ni por ellos | 69 |
| ¿Qué pasa con los hombres? | 69 |
| ¿Una cuestión de género? | 73 |
| Cuando mi experiencia no es la de muchas otras | 77 |
| 4. No es tu culpa, por favor, lo siento | 81 |
| De aquellos polvos, estos lodos | 81 |

| | |
|---|------------|
| Sexualización vs. liberación sexual | 88 |
| Responsabilidad afectiva y sexualidad | 92 |
| El consentimiento. | 100 |
| 5. «Y fueron felices y comieron perdices» Y una mierda | 115 |
| El mito del amor romántico | 116 |
| Hola, toxicidad | 128 |
| Ya no somos víctimas del amor. | 139 |
| 6. Cuando ser joven y guapa no es suficiente | 143 |
| Cuando el canon nos oprime. | 145 |
| Cuando las redes son nuestro peor enemigo . . | 147 |
| ¿Escogemos libremente «arreglarnos»? | 163 |
| 7. ¿Y ahora qué? Alcemos la voz | 173 |
| Reclamar el poder | 173 |
| Convivir con el acoso en redes | 183 |
| Conclusión. ¿Venceremos o convenceremos? | 193 |
| Bibliografía recomendada | 199 |
| Anexo. Carta al director | 201 |
| Glosario. | 205 |

Mi primer 8M

El 8 de marzo de 2017 acudí a mi primera manifestación feminista. Tenía dieciséis años y no acababa de saber qué hacía allí. Como en todas mis decisiones, hubo una parte impulsiva, seguro, pero analizándolo en perspectiva me doy cuenta de que también fue el resultado de muchas experiencias que colmaron el vaso.

¿Qué tiempo tan feliz?

No tengo un gran recuerdo de mi adolescencia; para mí fue una etapa confusa en la que tenía que convivir a diario con las contradicciones de ir a un colegio católico y conservador. Sobre todo a partir de tercero de la ESO, hubo algunas actitudes de los chicos de mi clase que me empezaron a «chirriar»: no puedo decir molestar, porque en ese momento sentía un batiburrillo de sentimientos encontrados que no logré descifrar hasta más adelante.

Resulta que mis compañeros se habían inventado una especie de juego en el que hacían listas del atractivo de las chicas de la clase teniendo en cuenta cuatro factores: «culo», «tetas», «cara» y «combo completo». Nosotras, las que compartíamos aula con ellos, revisábamos la lista de forma casi compulsiva. Recuerdo a la perfección las miradas de frustración de mis compañeras y las preguntas que yo misma me hacía: ¿por qué dicen que esta tiene mejor culo que yo?, ¿quién está en la primera posición del ranking? No nos hacía gracia su existencia, pero tampoco nos plantamos nunca ni exigimos que pararan ese juego perverso. Creo que, de alguna forma, asumíamos que se trataba de «cosas de niños». Lo naturalizábamos porque los adultos también lo hacían: era evidente que muchos de los profesores sabían de la lista, ya que la colgaban en el aula, pero nadie hizo nada al respecto.

En lugar de rebelarnos, las chicas competíamos entre nosotras de forma más o menos velada para situarnos en las primeras posiciones. Las comparaciones estaban a la orden del día y, en consecuencia, las inseguridades. Por si no teníamos bastante con fijarnos una y otra vez en actrices, cantantes y celebrities varias, nos medíamos entre nosotras y éramos del todo conscientes de que nuestro valor, al menos para aquellos chicos, dependía de nuestro atractivo. Más adelante aprendí que eso es **presión estética**, una forma de **violencia machista** que obliga a las mujeres a adaptarse a unos cánones de belleza casi imposibles, y de la que hablo en profundidad en el capítulo 6.

No se limitaban a las listas: los chicos de mi cole iban aún más lejos. A raíz de una cena de reencuentro que organizamos este año, las chicas con las que iba a clase empezaron a hablar de lo fuerte que era que esos hombres en la veintena, que compartían mesa con nosotras y parecían tan educados y funcionales, hubieran mostrado actitudes tan reprochables en la adolescencia. Esa cena desbloqueó algunos de mis recuerdos. Resulta que casi todas las chicas habíamos sido víctimas de tocamientos no consentidos. Cuando íbamos por el pasillo, era frecuente que algún chico aprovechara el tumulto que se generaba entre clase y clase para manosearnos el culo, los pechos e incluso la vulva. Los chicos se sentían tan impunes que hasta habían llegado a hacerlo en clase, con el profesor presenciando la escena y sin mover un dedo. Por alguna extraña razón, nadie hacía nada.

*No son cosas de niños,
son agresiones*

En cambio, un recuerdo que sí tengo muy presente es el de las clases de gimnasia. Teníamos un profesor que acostumbraba a segregarnos por sexo y, cuando no lo hacía, trataba de forma distinta a los chicos y a las chicas. Una práctica muy habitual era que, cuando jugábamos a

algún deporte de equipo, como el fútbol o el baloncesto, decidiera que los puntos de las chicas contaran el doble. Según él, como nosotras jugábamos peor y era más difícil que marcáramos, teníamos que sumar más. También era una forma de obligar a los chicos a cedernos el balón, ya que, de lo contrario, solo se lo pasaban entre ellos. Aunque, claro, que lo hagan únicamente porque si marcas puntúas más no es lo mismo a que te lo pasen porque te ven como una igual... Además, justo en mi clase había chicas que llevaban toda la vida jugando al baloncesto y que estaban en muy buena forma. Para ellas, esa dinámica era una humillación.

Esta discriminación no solo se producía en los deportes de equipo, también en las prácticas individuales. Cuando teníamos que levantar el balón medicinal, a los chicos les daban uno de cinco kilos, y a las chicas, de dos. Estamos hablando de que teníamos entre doce y dieciséis años, una etapa en la que ellas acostumbran a estar más desarrolladas que ellos. Así que veías a adolescentes escuálidos sufriendo por hacer diez repeticiones con el balón de cinco kilos y a chicas de casi 1,80 levantando el de dos. Estas clases eran, como podéis ver, un claro ejemplo de segregación generalizada; es decir, aunque no se separaba a chicos y chicas a la hora de competir, las normas variaban en función del sexo, por lo que se formaban dos grupos: el de «los buenos» y el de «las pobrecitas y débiles». Sin tener en cuenta las características individuales, se había dado por válida la afirmación de que las chicas

éramos inferiores en el deporte y que teníamos menos fuerza. Para muchas de nosotras se trataba de una situación ofensiva, que intentamos revertir en numerosas ocasiones. Sin embargo, nuestro profesor de gimnasia se negaba a escuchar nuestras quejas y no atendía a razones. Para él, había una verdad absoluta: «A las chicas se os da peor el deporte», y la forma de «darnos un empujón» era poniéndonoslo más fácil que a los chicos.

Quiero dejar claro que el profesor de gimnasia en ningún momento argumentó que nuestros goles o canastas puntuaran más porque, por una cuestión de discriminación de **género**, las mujeres hayamos tenido más dificultades en el mundo del deporte. No quiero alargarme aquí sobre los motivos de la discriminación en este ámbito, que son muchos y diversos, pero es obvio que las deportistas de élite se enfrentan a mayor precariedad laboral, menor presencia en los medios de comunicación, cláusulas antiembarazo, etcétera. Y más allá de lo profesional, sobre todo a partir de la adolescencia, las chicas hacen mucho menos deporte que los chicos, a menudo como resultado de imposiciones estéticas: «Las mujeres que practican natación tienen cuerpo de tío», o culturales: «¡Qué machotas, estas, celebrando el gol a gritos!».

En resumen, el profesor de gimnasia nunca justificó sus decisiones aludiendo a la discriminación y, aunque lo hubiera hecho, su forma de actuar tampoco habría sido adecuada.

Las deportistas de élite tienen más dificultades laborales

Si de verdad hubiera querido incentivar la participación de las alumnas, podría habernos explicado sus motivos, elaborar un currículum con perspectiva de género e impulsar una mejora progresiva. Es decir, durante el primer trimestre de primero de la ESO podría haberse dedicado a explicar a los chicos que tenían que pasarles el balón a las chicas y, a partir del segundo trimestre, seguro que ya nos percibirían como un miembro más del equipo y nos incluirían sin necesidad de que nuestros puntos valieran más. Es muy distinto aplicar un cronograma progresivo, en el que poco a poco se van alcanzando objetivos, que establecer una dinámica fija e invariable, y más en edades formativas. Creo que lo adecuado a estas edades es educar en igualdad de valores, no enfatizando las diferencias y perpetuando estereotipos.

Lo más sorprendente del caso es que hoy sigue pasando lo mismo. Mi hermana pequeña, que va al mismo cole al que iba yo y tiene el mismo profe de Educación Física, se ha pasado de los doce a los dieciséis años sumando el doble de puntos que los chicos de su clase cada vez que anotaba.

Pero no todo fueron malas experiencias. En realidad, viví una que resultó iluminadora, y fue clave a la hora de forjar mi personalidad. Di con un profesor de Música que no se parecía en nada a los demás docentes. Sus clases eran las más entretenidas y él acostumbraba a quejarse de que el sistema educativo no permitía explorar todo su potencial al alumnado, ya que no se trabajaban ni el pensamiento crítico ni las vocaciones individuales. Si nos atenemos a las notas que sacaba, yo siempre he sido una estudiante mediocre, por lo que no tardé en cogerles cariño a esa asignatura y a ese profesor. Fue en una de sus clases cuando oí por primera vez la palabra «feminismo». Estábamos en el aula de música y decidió proyectarnos videoclips de canciones de reguetón que estaban de moda en ese momento. Se trataba de vídeos en los que se veía a mujeres jóvenes con poca ropa al lado de hombres muy tapados y en los que ellas adoptaban actitudes muy solícitas, mientras que ellos eran los que mandaban. Cuando el profesor nos preguntó acerca de los vídeos que acabábamos de ver, defendí que las mujeres que salían lo hacían porque querían, que nada de aquello tenía que ver con el **machismo**. Por suerte, desde entonces ha llovido bastante y mi opinión ahora no tiene nada que ver, pero sin esa clase es probable que nunca me hubiera acercado al feminismo.

La segunda vez que escuché a algún profesor hablar de feminismo fue en la clase de Historia, cuando nos explicaron la Revolución francesa y nos contaron, bastante de pasada, que mujeres como Olympe de Gouges

Que no te confundan



No es lo mismo incentivar que rebajar la exigencia.

Puede que te preguntes qué diferencia hay entre lo que hacía mi profe de Educación Física y ciertas políticas de discriminación positiva o leyes de cuotas. Más adelante en este mismo capítulo profundizo en ello, pero las leyes de cuotas consisten en reservar unas plazas para que colectivos vulnerabilizados puedan acceder a espacios que han estado ocupados tradicionalmente y de forma mayoritaria por hombres, como los cuerpos policiales. Aunque las mujeres que quieren entrar a formar parte de ellos tienen unos criterios de acceso más laxos, la principal diferencia con lo que hacía mi profesor es que, por ley, las cuotas se extinguen una vez logrado su objetivo; en este caso, cuando un 40 por ciento de este cuerpo de seguridad del Estado esté formado por mujeres. En cambio, si de aquel profesor dependiera, las mujeres nos pasaríamos toda la vida levantando poco peso y siendo «las pobrecitas a las que se les da mal», ya que sus acciones no iban enfocadas a revertir la situación, sino a perpetuarla.

habían impulsado la igualdad de derechos. Aquella clase me interesó muchísimo, pero seguro que no tanto por el contenido en sí, sino porque era la primera vez que nos hablaban de personajes históricos que no eran hombres. A partir de ese día me fui fijando en cuántas veces se nombraba a mujeres célebres en clase y, que yo recuerde, fueron muy pocas más.

Todas esas experiencias fueron el caldo de cultivo para que los días previos al 8 de marzo de 2017 me planteara asistir a la concentración. No tenía ni idea de nada, pero quería saber más y entender por qué había cosas que percibía como injustas, y si estaba loca o había más mujeres que pensaban como yo.

*En clase de historia
las mujeres célebres
eran escasas*

Hola, compañeras

Llegó el gran día y yo aún no tenía con quién ir a la concentración. En aquella época no conocía a gente de mi edad interesada en movimientos sociales, ni mucho

menos en el feminismo. A última hora, logré convencer a Núria, la única amiga de entonces que compartía ese interés, para que me acompañara. Salimos de clase y nos fuimos derechas a la plaza de Lleida, sin pancartas ni banderas ni nada que nos pudiera «delatar». Solo íbamos a mirar, a curiosear. Queríamos saber quiénes eran las feministas, cómo eran y qué hacían. ¿Serían unas antisistema? ¿Serían chicas jóvenes? ¿Serían chillonas?

Les dije a mis padres que iba a dar un paseo por el eje comercial —a mi favor diré que la plaza de Lleida está justo en el centro—, pero no les hablé de la concentración. No sé por qué no les dije nada, si siempre habían sido abiertos conmigo. ¿Quizá temía lo que pensarán? ¿Me daba miedo no encajar? ¿O tal vez su reacción? ¿Puede que me avergonzara ir a una concentración sin saber con exactitud lo que defendía? Es probable que un poco de todo. Y lo que está claro es que sola no habría ido.

En cuanto llegamos a la plaza, vimos a un grupo pequeño de mujeres, unas quince o veinte. Todas eran mayores que nosotras, algunas llevaban el pelo teñido de morado, otras rapado, algunas iban sin depilar... Eran distintas a las que yo conocía. Me quedé hipnotizada contemplándolas: se las veía muy seguras, muy «suyas». Entre ellas se las notaba muy cómodas y cómplices. Nadie levantaba una ceja por los pelos de la axila de una ni por los gritos a pleno pulmón de otra. Pensé: «Joder, cómo molan estas señoras» y crucé los dedos para que

Núria compartiera mi opinión. Más adelante aprendí que ese ambiente mágico de sintonía y comprensión entre mujeres se llama **sororidad**.

Decidimos acercarnos más a la concentración, aunque en ningún momento interactuamos con ellas. Nos quedamos en un rincón de la plaza, observándolas y escuchando lo que decían. No era una manifestación como tal —la primera manifestación por el 8M en Lleida no se celebró hasta un año más tarde—, solo una quedada, una reunión de lo que parecían amigas. Leyeron algunos poemas y discursos, gritaron y aplaudieron, siempre proclamando la palabra «feminismo».

También llevaban pancartas, muchas de las cuales me parecían graciosas o me intrigaban, pero la mayoría ni las entendía: ¿qué significaba «Somos las nietas de las brujas que no pudisteis quemar»? ¿Qué pintaban las brujas en todo eso? Había otras de «Ni machismi ni feminismi», «No estamos todas, faltan las asesinadas» y «Somos el grito de las que no tienen voz». Al llegar a casa después de la concentración, empecé a buscar información en blogs, en foros de internet, en vídeos... Fui elaborando una lista con los libros que quería leer. Aún no estaba segura de si deseaba convertirme en «una de esas feministas» de la concentración, pero por lo menos quería entender lo que decían sus pancartas.

#Ni machismi ni feminismi

Es probable que hayáis escuchado la máxima «ni machismo ni feminismo: igualdad». Pues justo esa pancarta se burlaba de lo ridícula que es tal afirmación. La Real Academia Española (RAE) actualmente define el feminismo como: «Principio de igualdad de derechos de la mujer y el hombre» y «movimiento que lucha por la realización efectiva en todos los órdenes del feminismo». Si bien la RAE no es una institución precisamente feminista —solo hay ocho mujeres en los cuarenta y un sillones de la Academia—, su definición no indica en ningún momento que el feminismo busque la superioridad de las mujeres; eso sería «hembrismo». Aun así, hay quienes defienden que «feminismo» es antónimo de «machismo» y que el mejor término para referirse a un movimiento que busca la eliminación de las desigualdades es «igualdad», como si el feminismo no persiguiera justo eso. Este debate, cada vez más presente en la esfera pública, hace que nos preguntemos si hay un conocimiento suficiente sobre el movimiento. Para argumentar por qué no llamamos «igualdad» al feminismo, conviene echar la vista atrás.

El concepto de igualdad, tal y como lo conocemos popularmente, aparece por primera vez en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos del 4 de julio de 1776, y más tarde en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de agosto de 1789, durante la Revolución francesa. Ambas tenían

algo en común: defendían el principio de igualdad como un valor fundamental, pero que solo atañía a los hombres. Su intención era igualar los derechos de los hombres de los distintos estamentos —es decir, entre el clero, la nobleza y el pueblo llano—, pero en ningún momento los de las mujeres; ni los de las personas en situación de esclavitud, por cierto, aunque fueran hombres. Las mujeres no eran consideradas ciudadanos de primera y, en consecuencia, no entraban dentro del reconocimiento de estos derechos.

«Somos el grito de las que
no tienen voz»

Por lo tanto, tiene sentido que, si a lo largo de la historia la igualdad no ha incluido a las mujeres, se use un término nuevo que haga referencia explícita a este colectivo: el feminismo. Obviar esto es olvidar todo el camino andado y a todas las que se han quedado atrás. Hablar solo de igualdad es pervertir el verdadero sentido del feminismo.